

Fernando INCIARTE, *Cultura y verdad. Sobre lo objetivo y lo subjetivo en el arte, la vida y la filosofía*, edición de Lourdes Flamarique, Pamplona: Eunsa, 2016, 14,5 x 22, ISBN 978-84-313-3158-0.

Cultura y verdad recoge un ensayo inédito del filósofo español Fernando Inciarte. Con una atención al detalle y un acabado que sorprenden en un texto póstumo, Inciarte reflexiona sobre la tensión (viva y vivida) entre cristianismo y cultura.

El autor empieza avisándonos de que, «en contra de lo que pudiera sugerir el título, esto va a ser en buena parte una narración» (p. 27). Como toda narración, consta de tres elementos principales: (1) un héroe, «nuestro hombre», (2) un narrador, «nosotros», y (3) un conflicto que desencadena la narración. El conflicto en cuestión es el desgarramiento interior de nuestro hombre, que, siendo cristiano, no le gusta serlo. Y no le gusta serlo porque además de cristiano es artista, y ha llegado al convencimiento de que ambas cosas, fundamentales para él, son intrínsecamente incompatibles.

«Nosotros» se propone reflexionar acerca del cristianismo de nuestro hombre, un cristianismo muy marcado por la lectura de la Epístola de Santiago, donde se dice que quien se hace amigo del mundo, se hace enemigo de Dios. O habría que decir, mejor, que se trata de un cristianismo muy marcado por una interpretación determinada de esa lectura. Porque, en esa epístola, nuestro hombre había leído «mundo» como sinónimo de «cultura», «arte», «sensibilidad» y, en general, de «vida». Empujado por el drama de una decisión así (o Dios o el mundo, o el cristianismo o la vida), nuestro hombre defendía que tal cristianismo era, en realidad, el cristianismo verdadero y auténtico, y todo lo demás (concilios incluidos), meros apaños para poder seguir disfrutando del mundo con la conciencia más o menos tranquila. Para nuestro hombre, ser cristiano venía a significar dejar, paulatinamente, de ser hombre.

Inciarte, bajo el ropaje de «nosotros», se refiere a esta actitud de nuestro hombre (un «nuestro hombre» que no deja de ser Inciarte mismo) como un «arrebato cristiano», y su entera reflexión consiste en mostrarle *alternativas*, sacar a relucir lo cuestionable de esta oposición entre Dios y mundo, con el fin de ayudarlo (y ayudarse) a llevar una vida mejor. Así, emprende una reflexión acerca del arte, empezando con una comparación entre el cristianismo arameo-monofisita y el griego-ortodoxo, con el fin de mostrar que, *por lo menos*, el cristianismo de nuestro hombre no es ni el único posible ni el único razonable.

En esta primera parte destacan las reflexiones sobre el arte cinematográfico, la relación entre belleza y apariencia (o qué y cómo) y la distinción sobre los grados de la realidad, reflexiones en las que se destila una atención al detalle, al matiz, que nos lleva de un lado para otro, profundizando continuamente en la materia. Vale la pena mencionar su discusión de la interpretación tradicional-ilustrada del pecado original, según la cual todo progreso y toda cultura es fruto del pecado. Frente a ello, Inciarte defiende «que la diferencia entre antes y después del pecado original no es tan grande» (p. 73), de modo que cabe señalar una continuidad dentro de la ruptura del pecado que salvaría la cultura de convertirse en objeto obligado de desprecio cristiano.

Si en esta primera parte Inciarte argumenta en contra de los arrebatos cristianos que niegan el mundo, en la segunda parte del libro, ya más «académica» que la primera, argumenta en contra de lo que podríamos llamar «arrebatos filosóficos» que niegan la fe y el Misterio. Para Inciarte, «la

filosofía actual renuncia de antemano a entablar un diálogo con una fe viva» (p. 265), fe que esta filosofía tacha de misticismo irracional. Si antes se ha esforzado por mostrar la compatibilidad de cultura y fe, ahora se vuelca sobre la compatibilidad de fe y razón.

Asistimos aquí a un despliegue apabullante de energías filosóficas, en el que Inciarte recupera y vuelve a pensar temas presentes en toda su trayectoria filosófica. Así sucede con el análisis del principio de tercio excluso y el principio de no contradicción, base para una deducción trascendental de las categorías que dilucide la diferencia y relación entre sustancia y accidentes, y la necesidad de aceptar varias sustancias (holismo sustancial) frente a la idea de una *única* sustancia respecto a la cual todo lo demás sería accidente (holismo total). Reflexiones que vuelven a poner sobre la mesa la dialéctica entre realismo e idealismo, haciendo dialogar a Aristóteles con Hegel. Para Inciarte, la clave está en comprender que, «dentro de los muros de la fi-

losofía [...], el holismo sustancial deja un portillo abierto a la fe, [...] mientras que el holismo total, por definición, mantiene ese portillo cerrado» (p. 208). Para los objetivos que Inciarte se propone, basta con que quede ese portillo abierto, es decir, basta con *mostrar las alternativas*.

No es posible terminar la reseña de este libro sin hacer referencia a su estilo. El libro de Inciarte es, antes que nada, un ensayo, un texto escrito con un estilo personalísimo que mezcla magistralmente los registros narrativo y académico. Para no contradecir al autor cuando dice que «nada en el mundo [...] es perfecto» (p. 57), diremos que la transición entre ambos registros roza la susodicha perfección. Estamos, en fin, ante una reflexión viva cuya originalidad, profundidad y fluidez, cuya atención al cómo tanto como el qué, pueden cautivar y fascinar a más de uno, incluso a los que desconozcan el grueso de la obra de Inciarte.

Enric FERNÁNDEZ GEL

José Ángel LOMBO y José Manuel GIMÉNEZ AMAYA, *Biología y racionalidad. El carácter distintivo de lo humano*, Pamplona: Eunsa («Astrolabio», Serie: Antropología y Ética), 2016, 196 pp., 11 x 18, ISBN 978-84-313-3154-2.

Desde hace algunas décadas la Antropología filosófica ha tomado conciencia de que para dar cuenta cabal de la identidad del hombre no puede prescindir de su dimensión corporal, y por consiguiente, de la biología. Ciertamente esta sola no basta para comprender en su globalidad al hombre pues prescinde de lo distintivo suyo: la racionalidad. Sin embargo, una antropología que se construya al margen del dato biológico tenderá a darnos una imagen del hombre desencarnada, y en última instancia, distorsionada. Desde esta perspectiva

se advierte que el hombre resulta ser un campo de juego óptimo para el diálogo interdisciplinar, entre el mundo de la ciencia y el mundo de las humanidades. Este diálogo no siempre resulta fácil, pues ambas visiones tienden a proporcionar explicaciones cerradas: o bien una visión materialista del hombre, o bien una visión «desarraigada» del hombre con respecto al mundo natural. En otras ocasiones, el diálogo interdisciplinar se acaba reduciendo a una mera yuxtaposición de datos biológicos y filosóficos: el resultado de este fallido diálogo es una ima-